

La Escuela en Tiempos de Verdad y Reconciliación

Severo Cuba Marmanillo

TAREA

A veces, sino es siempre, la literatura con unas pocas palabras nos descubre las secretas conexiones entre sucesos diferentes. Con el título de *El amor en los tiempos del cólera*, García Márquez vincula el amor con un tiempo de epidemia de una enfermedad todavía fatal. Los hechos humanos tienen un tiempo y existe una relación intrínseca entre este y aquellos. Ante el informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación debemos decir que estamos frente a un tiempo que se abre, una oportunidad de mirar sin concesiones lo sucedido durante un periodo muy duro en el país y nuestras responsabilidades en el mismo.

En esto del encuentro con la verdad cabe también reflexionar sobre el papel de la educación y en particular de escuelas, ministros, directivos y docentes. Es necesario recuperar las lecciones de *«La escuela en tiempos de guerra»* (Del Castillo y otros), nombre de un estudio realizado en escuelas de Ayacucho acerca de la manera en que las orientaciones pedagógicas y el clima institucional contribuyen a la generación de comportamientos violentistas en la escuela, y proyección de esa relación en la vida nacional.

Los investigadores encontraron tres cosas: 1) un clima autoritario en la escuela, en la que el primer aprendizaje era la obediencia a la autoridad y las relaciones que se reproducían eran de dependencia y sumisión; 2) la enseñanza se entendía como un fetichismo del conocimiento acumulado por la escritura, que privilegiaba un pensamiento repetitivo y dogmático; 3) una educación donde la experiencia escolar no se adecuaba al mundo cultural y personal de los y las estudiantes. También se hizo evidente que esta realidad escolar se correspondía con el proceso cultural peruano, el mismo que se expresa en los medios de comunicación a través de *talk show*, por ejemplo. Estudios posteriores dan cuenta del carácter dogmático y autoritario de la educación que se imparte en la escuela.

La reflexión sobre nuestras responsabilidades en lo ocurrido entre 1980 y el 2000 en el Perú nos debe conducir a proyectar una escuela que eduque en la deliberación democrática, en el ejercicio de un pensamiento crítico, en la capacidad de reflexionar y decidir nuestra propia vida muy lejos de modelos de disciplina basados en la dependencia y la sumisión. A pensar en el papel cultural de la escuela y de unos maestros quienes, en ejercicio del disenso creativo, sean críticos de los elementos no democráticos y dogmáticos presentes en la cultura nacional.

Corresponde a la sociedad apoyar el fortalecimiento de las instituciones educativas como experiencias de democracia, de reconocimiento de la propia identidad y de aprendizaje de la responsabilidad social con los demás peruanos y con la historia que compartimos.

